

## EL SEGUIMIENTO DE JESÚS CASTO

La llamada universal a la santidad postula el seguimiento de Jesús casto. Todos, también los casados, están llamados y urgidos a vivir la castidad del Unigénito de acuerdo con la vocación y misión que han recibido del Padre, fuente de todo don y gracia. Una vez más, por tanto, estamos ante la necesidad de discernir cómo seguir a Jesús casto desde el carisma que nos ha sido dado. No me voy a dirigir, por tanto, a la persona en cuanto individuo, sino a la persona llamada a vivir y compartir un mismo carisma y así contribuir a la misión apostólica de la Iglesia en el mundo.

Antes de presentar los puntos de la meditación, quiero hacer una observación. En los escritos del Nuevo Testamento se nos dice: «El Verbo se hizo carne», «se hizo obediente», «se hizo pobre»; pero no encontramos, si no estoy equivocado, una afirmación semejante: «se hizo casto». ¿Por qué?

Uno no puede dejar de interrogarse, pues desde los inicios de la literatura patrística, el tema de la virginidad y la castidad adquirió una importancia considerable. Ahora bien no parece que se prestase gran atención al tema de Jesús casto. Juan Pablo II enseñó que Jesús asumió «la forma de vida virginal», sin menoscabo de la dignidad y santidad del matrimonio, a fin de mostrar la fecundidad espiritual de la virginidad:

“Cristo, aun aprobando y defendiendo la dignidad y la santidad de la vida matrimonial, asume la forma de vida virginal y revela así el valor sublime y la misteriosa fecundidad espiritual de la virginidad” (VITA CONSECRATA 22)

El hecho de que Jesús asumiese la forma de la vida virginal está en perfecta sintonía con su filiación eterna y con su misión de enviado: enviado por el Padre para reunir a los hijos dispersos.

Antes de sumergirnos en el misterio, me parece interesante detenernos un momento en la vida del profeta Jeremías, seducido por el Señor para convocar al pueblo de la alianza a la conversión, para denunciar y anunciar a Israel una nueva alianza.

El Señor mandó al profeta que no se casase, de tal forma que su misma existencia fuese como una palabra de juicio para el pueblo, que había dado la espalda a Dios. El profeta debe permanecer célibe como signo, tanto para los sufren, como para los que banquetean.

El Señor me habló en estos términos: «No te cases, ni tengas hijos e hijas en este lugar», ... (y después de pronunciar terribles amenazas añade) Pues esto dice el Señor del universo, Dios de Israel: Haré desaparecer de este lugar, ante vuestros ojos y en vida vuestra, la voz de la alegría y de la fiesta, la voz del novio y de la novia. (Y cuando el pueblo pregunte el porqué de tales amenazas el profeta debe responder lo mal que se portaron los antepasados y peor los contemporáneos) Y vosotros os habéis portado peor que vuestros padres, pues solo seguís los planes de vuestro obstinado y perverso corazón, negándoos a escucharme. Así que voy a arrojaros de esta tierra a otra que ni vosotros ni vuestros padres conocéis. Allí daréis culto día

y noche a dioses extranjeros, pues no pienso concederos mi perdón". Y concluye: Pero llegarán días —oráculo del Señor— en que ya no se jurará "Por vida del Señor, que hizo subir a los israelitas de Egipto", sino "Por vida del Señor, que hizo subir a los israelitas del país del norte y de todos los países por donde los dispersó". Así es, pues yo los haré volver a su tierra, la que di a sus antepasados (Jer 16, 1-15)

El celibato de Jeremías anticipa simbólicamente la suerte de su pueblo. Su vida solitaria de célibe denuncia la desolación, pero también cómo Dios volverá a recrear a su pueblo, dándole la nueva alianza. En tiempo de Jeremías, como es sabido no había gran aprecio por el celibato. El salmo 128 canta la bendición de Dios en términos de fecundidad.

La vida célibe de Jeremías se presenta como una palabra de Dios a su pueblo, como un signo profético. No fue Jeremías quien lo eligió espontáneamente, sino que tiene su origen en la seducción y orden del Señor, para que el pueblo de dura cerviz dejase de avanzar según su pensamiento obstinado y avanzase según la palabra de Dios.

He evocado el celibato de Jeremías, para poner de relieve el hecho de que Jesús asumiese la forma de vida virginal, en consonancia con su persona filial, su ser filial, y llevar a cabo su misión filial de enviado en la condición de siervo. Esto en absoluto minusvalora la dignidad y santidad del matrimonio, pues este se nos presenta como el símbolo de la alianza entre Dios y su pueblo. Pero, al mismo tiempo, sirve para poner en valor el hecho de hacerse eunucos por el reino de Dios. He aquí una palabra de Jesús de gran calado y significación.

Los discípulos le replicaron: «Si esa es la situación del hombre con la mujer, no trae cuenta casarse». Pero él les dijo: «No todos entienden esto, solo los que han recibido ese don. Hay eunucos que salieron así del vientre de su madre, a otros los hicieron los hombres, y hay quienes se hacen eunucos ellos mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender, entienda». (Mt 19, 10-12)

También aquí debemos recordar que hacerse eunuco por el reino de Dios es un don, ya que implica una entrega sin condiciones al reinado de Dios. Y el Señor nos dice tanto para al varón, como a la mujer. «¡El que pueda entender, entienda!» Notemos: Jesús presenta el celibato por el reino de Dios, después de insistir en la indisolubilidad del matrimonio. Dios creó al varón y a la mujer a su imagen y semejanza, como comunión de personas, a imagen y semejanza suya.

Por último, en esta pequeña introducción a «la forma de vida virginal» de Jesús, en expresión de Juan Pablo II, recordemos que los evangelios, como veremos, presentan a Jesús como el «novio» o el «esposo». No de una alma, sino de la comunidad de los discípulos, de la Iglesia. En el Antiguo Testamento el matrimonio, insisto, es un símbolo privilegiado para expresar la alianza de Dios con su pueblo.

## **I.- EL HIJO, EN LA ENCARNACIÓN, ASUMIÓ LA FORMA DE VIDA VIRGINAL**

El misterio de la encarnación desborda todo lo que la razón puede comprender e imaginar. Pero el misterio nos ha sido revelado. Por ello siempre podemos avanzar en su inteligencia, si nos dejamos enseñar y guiar por el maestro interior, esto es, por el Espíritu de la verdad y santidad. La fe apostólica no ha cesado de ahondar en esta afirmación: «Y el Verbo se hizo

carne», «se hizo pobre», «se hizo obediente». Fue enviado en una carne semejante a la del pecado (Rom 8, 3). Hecho de mujer, hecho bajo la ley (cf. Gal 4, 4s). Hombre entre los hombres, hermano entre los hermanos. Pero sin dejar de ser en ningún momento el Hijo eterno. En la encarnación el Hijo sigue siendo el Hijo engendrado por el Padre en la eternidad. Hay que tener muy presente al hablar del misterio inabarcable de la encarnación, que la fe apostólica cuando habla de Dios, explícita o implícitamente, habla siempre del Dios uno y trino, comunión de personas. En la encarnación, el Hijo permanece siempre el Hijo. Y aquí tenemos la clave importante para comprender que él asumiera «la forma de la vida virginal al entrar en el mundo».

Engendrado por el Padre en la eternidad, la filiación caracteriza para siempre al Verbo encarnado. Y esta filiación implica una relación única con el Padre en el Espíritu Santo. Él es eternamente engendrado como Hijo. Él se recibe eternamente del Padre y eternamente se da al Padre en el Espíritu de comunión. Pues bien, aquí radica, según creo, la fuente de la forma de vida virginal de Jesús, que podemos vislumbrar y contemplar, a través de algunos pasajes de los evangelios. Me limito a evocarlos, pues desmenuzarlos un poco requeriría horas y horas; y mayor competencia que la mía.

Pero si quiero invitaros a continuar vuestra oración y reflexión más allá de este tiempo de retiro, a contemplar este misterio luminoso para un mundo, que aprecia tan poco el sentido de la verdadera castidad. Además estamos ante una dimensión esencial del carisma de los IS. Lo veremos mejor en la última parte de la meditación.

### **1.- El Hijo enviado a reunir a los hijos de Dios dispersos**

El Hijo no fue enviado para constituir su propia familia, sino para reunir a los hijos de Dios dispersos. Y en esto consiste, ante todo, la «castidad apostólica». Jesús no fue enviado, dicho con otras palabras, a hacer su propia obra, sino a llevar a cabo la obra del Padre. El Hijo no puede hacer nada que no vea hacer al Padre (cf. Jn 5, 19). Lo que habla es lo que oye al Padre. Todo lo del Padre es suyo y todo lo suyo es del Padre. «El que haga la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre». Jesús era consciente de que los discípulos eran los discípulos que el Padre le había dado: «Tuyos eran, y tú me los diste, y ellos han guardado tu palabra». (Jn 17, 6) Jesús tenía viva conciencia de esta verdad, que para nosotros pasa un tanto desapercibida: «Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me ha enviado». (Jn 6, 44) Cuando los discípulos le piden sentarse en el reino a su derecha y a su izquierda, Jesús responde: es para quienes está reservado (cf. Mc 10, 40).

El Hijo encuentra su verdadera autonomía y fecundidad en la absoluta comunión con el Padre en el Espíritu. Y esta *integridad, o castidad*, si se prefiere, jalona la entera existencia y misión de Jesús. La carta a los Hebreos evoca de forma maravillosa esta verdad cuando afirma: «Cristo, como Hijo, está al frente de la familia de Dios; y esa familia somos nosotros, con tal que mantengamos firme la seguridad y la gloria de la esperanza». (Hb 3, 6)

Jesús oró como el Hijo y cuando le pidieron los discípulos que les enseñase a orar, la respuesta fue clara: «Cuando oréis, decid: Padre». (Lc 11, 2) La oración se dirige siempre al Padre por Cristo en el Espíritu Santo. «Abba, Padre»

Jesús vive su identidad y misión, por tanto, en la perspectiva de la forma virginal, esto es, entregado a la llegada del reino de Dios. ¡He aquí el verdadero eunuco por el reino de Dios! El que tenga oídos que oiga. Pero esto no quiere decir que la vida del eunuco por el reino de Dios no sea fecunda; es todo lo contrario, se trata de vivir la misma fecundidad de Dios. Este es un punto que vamos a ver a continuación.

## **2.- Jesús primogénito de muchos hermanos**

«Tanto amó Dios al mundo, que dio a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16). Lo envió en una carne semejante a la nuestra, a la carne de pecado (cf. Rom 8, 3). «Y el Verbo se hizo carne». (Jn 1, 14). «A cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre». (Jn 1, 12) Y así la fe en el Hijo, muerto y resucitado, nos hace sus hermanos y en él verdaderos hijos de Dios. Por ello su Espíritu clama en nosotros «Abba, Padre» (Rom 8, 15). El Unigénito es ahora el Primogénito de muchos hermanos (cf. Rom 8, 29; Col 1, 15.18; Hb 1, 6). Después de la resurrección, Jesús llama a sus discípulos, hermanos y no sólo amigos. Jesús le dijo a María la Magdalena: «Anda, ve a mis hermanos y diles: *Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro*» (Jn 20, 17). La carta a los Hebreos expresa el misterio de esta forma:

Convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación. El santificador y los santificados proceden todos del mismo. Por eso no se avergüenza de llamarlos hermanos, pues dice: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. Y también: En él pondré yo mi confianza. Y de nuevo: Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio.* Por tanto, lo mismo que los hijos participan de la carne y de la sangre, así también participó Jesús de nuestra carne y sangre, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al diablo, y liberar a cuantos, por miedo a la muerte, pasaban la vida entera como esclavos. Notad que tiende una mano a los hijos de Abrahán, no a los ángeles. Por eso tenía que parecerse en todo a sus hermanos, para ser sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que a Dios se refiere, y expiar los pecados del pueblo. Pues, por el hecho de haber padecido sufriendo la tentación, puede auxiliar a los que son tentados. (Hb 2, 10-18)

He aquí la castidad del Hijo. Él ha venido para hacernos sus hermanos, para que creyendo en él participásemos de su ser filial. Para ello gustó la muerte, para dar a cuantos creen en él la posibilidad de ser hijos del Padre. Murió, en definitiva, para reunir a los hijos de Dios dispersos (cf. Jn 11, 52). El amor casto de Jesús abraza a todos y a todos ofrece el poder de llegar a ser hijos. Él no viene a dominar o poseer, sino a llevar adelante el plan del Padre. «El Verbo hizo carne», para dar a toda carne, esto es, a todo hombre y mujer el poder de llegar a ser hijo de Dios, coherederos con él. Por tanto, la forma de vida virginal del Hijo en la carne, es la expresión de un amor hasta el extremo, capaz de abrazar a todos (cf. GS 22). La castidad filial del Unigénito en la carne nos muestra la senda de la fecundidad divina.

## **3.- Jesús el esposo casto de la casta esposa**

Los evangelios presentan a Jesús como el novio o el esposo de los últimos tiempos. Sus discípulos no están llamados a ayunar mientras tienen al esposo con ellos (cf. Mc 2, 18-22pp;

Jn 3, 28-29). El evangelista Mateo introduce así la parábola del banquete de bodas: «El reino de los cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo». (Mt 22, 2) El Padre ha dispuesto todo para que su Hijo enviado en la carne sea el esposo casto de la casta esposa, de la Iglesia, para que formen una sola carne, esto es, *el Cristo total*. He aquí el misterio.

Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia: Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra, y para presentársela gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada. Así deben también los maridos amar a sus mujeres, como cuerpos suyos que son. Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne, sino que le da alimento y calor, como Cristo hace con la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. *Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne*. Es este un gran misterio: y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia. (Ef 5, 25-32)

El Hijo es casto, recibéndolo todo del Padre y vuelto hacia él en todo momento. Todo lo mío es tuyo. San Pablo expresa de una forma sorprendente el misterio en estos términos, hablando del kerigma y del proyecto de Dios.

Pero Cristo ha resucitado de entre los muertos y es primicia de los que han muerto. Si por un hombre vino la muerte, por un hombre vino la resurrección. Pues lo mismo que en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su puesto: primero Cristo, como primicia; después todos los que son de Cristo, en su venida; después el final, cuando Cristo entregue el reino a Dios Padre, cuando haya aniquilado todo principado, poder y fuerza. Pues Cristo tiene que reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies. El último enemigo en ser destruido será la muerte, porque lo ha sometido todo bajo sus pies. Pero, cuando dice que ha sometido todo, es evidente que queda excluido el que le ha sometido todo. Y, cuando le haya sometido todo, entonces también el mismo Hijo se someterá al que se lo había sometido todo. Así Dios será todo en todos. (1Cor 15, 20-28)

Jesucristo es el esposo de la Iglesia por la cual se entregó y se sigue entregando para presentársela sin mancha ni arruga. La forma de vida virginal del Hijo es, por tanto, nupcial. Jesucristo es uno con la Iglesia. Pablo, desde otra perspectiva, dice a la comunidad de Corinto: «Vosotros sois el cuerpo de Cristo» (1Cor 12, 27) La castidad del Hijo eterno nada tiene que ver con el repliegue sobre uno mismo, es radical apertura a la entera humanidad. He aquí una bella expresión del corazón casto del Primogénito: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera». (Mt 11, 28-30) Jesús aporta el vino nuevo, para llevar a cabo la alianza de Dios con la humanidad (cf. Jn 2, 1-12).

En una palabra, la castidad o la forma de vida virginal de Jesucristo es la reverberación de la filiación eterna del Unigénito. Su castidad es la reverberación de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo.

Antes de pasar a explicitar cómo esta forma de vida virginal de Jesucristo puede ser vivida en la secularidad consagrada, la propia de los IS, quiero añadir un apunte sobre la vivencia propia de la castidad del amigo del Mesías. Juan Bautista nos recuerda que él no es el Mesías, el novio de los últimos tiempos, sino el amigo del Esposo. Meditemos.

## II.- LA FORMA DE VIDA VIRGINAL DE JUAN BAUTISTA

El testimonio de la fe apostólica, de la revelación divina, tal como nos ha llegado a través de los evangelios y los otros escritos del Nuevo Testamento están centrados, ante todo, en darnos a conocer el Evangelio de Dios y, por tanto, la identidad y misión de Jesucristo. De ahí que no se hable de Juan Bautista más que en función del objetivo principal. No obstante, para el tema que estamos meditando, es interesante detenerse en un pasaje que expresa bien la forma de vida virginal del amigo del esposo. Escuchemos la respuesta de Juan Bautista a los que le hablan del éxito de Jesús.

Se originó entonces una discusión entre un judío y los discípulos de Juan acerca de la purificación; ellos fueron a Juan y le dijeron: «Rabí, el que estaba contigo en la otra orilla del Jordán, de quien tú has dado testimonio, ese está bautizando, y todo el mundo acude a él». Contestó Juan: «Nadie puede tomarse algo para sí si no se lo dan desde el cielo. Vosotros mismos sois testigos de que yo dije: "Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado delante de él". El que tiene la esposa es el esposo; en cambio, el amigo del esposo, que asiste y lo oye, se alegra con la voz del esposo; pues esta alegría mía está colmada. Él tiene que crecer, y yo tengo que menguar. El que viene de lo alto está por encima de todos. El que es de la tierra es de la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos. De lo que ha visto y ha oído da testimonio, y nadie acepta su testimonio. El que acepta su testimonio certifica que Dios es veraz. El que Dios envió habla las palabras de Dios, porque no da el Espíritu con medida. El Padre ama al Hijo y todo lo ha puesto en su mano. El que cree en el Hijo posee la vida eterna; el que no crea al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios pesa sobre él». (Jn 3, 25-36)

El Bautista ilustra mediante una imagen su relación con el Mesías. Estamos ante un símil, pero muy significativo para comprender el sentido de la castidad apostólica. Para bien comprender el sentido del símil, he aquí lo que escribe un exegeta:

El «amigo del esposo» es uno de los «paraninfos» padrinos de la boda de la esposa, que en las bodas judías desempeñaban ciertas funciones de confianza y, sobre todo, conducían la esposa al esposo y vigilaban de su conducta matrimonial. La «voz del esposo» que «oye» el amigo significa probablemente el grito jubiloso que daba a entender al «paraninfo<sup>1</sup>», que aguardaba ante la cámara nupcial, que el esposo había reconocido como virgen a la que había sido conducida a su casa» (R. SCHNACKENBURG, *El evangelio según san Juan*, Barcelona 1980, p. 491)

La castidad de Juan se expresa en su integridad, en el reconocimiento de no ser el Mesías, en su alegría por llevar al esposo a la esposa. Él negó ser el Mesías. Él ha recibido su misión como gracia y la ha vivido con profunda humildad. Y por ello, como ya vemos al inicio del evangelio, además de negar ser el Mesías, indicó a sus discípulos la presencia de Jesús y esto se fueron detrás de él. Él no puede apropiarse a la esposa. No es su misión. Y la alegría es la expresión de quien oye la voz del esposo al acoger a la esposa. El símil, por tanto, nos ayuda a comprender

---

<sup>1</sup> «La palabra paraninfo viene del griego PARANINPHOS formada de PARA (=junto a, al margen de) y NINPHE (=novia recién casada). Originalmente se usaba para la persona que acompañaba a la novia a la boda. Luego a la persona que anunciaba la felicidad de los recién casados. Más tarde, en las universidades, empezaron a usar esta palabra para referirse a la persona que se ponía a la entrada de salón para hacerle propaganda al curso»

que la castidad apostólica radica en situarse como amigo del esposo, que busca llevar a Jesús a los hermanos de camino.

En esta perspectiva, conviene insistir en cómo la castidad del amigo está en disponer a la esposa para el esposo. Si en el Antiguo Testamento, Dios se presenta como el esposo, ahora el autor del cuarto evangelio traspone la imagen del esposo a Jesús, venido del cielo, enviado al mundo por el Padre.

La Iglesia de Dios ha sido dado a su Hijo enviado en la carne, como su esposa. Y esto es lo que deben reconocer, vivir y significar los amigos castos del Hijo del hombre. Quien se apropia de la Iglesia no es casto. Quien no se alegra con la voz del esposo, no es casto. Por ello la forma de la vida virginal comporta una clara conciencia de nuestro ser y del ministerio que se nos ha confiado, esto es, de la vocación y misión.

En la carta a los Efesios, se nos dice que Cristo trabaja para presentarse una esposa sin mancha ni arruga. Pues bien, la finalidad de nuestro trabajo en Cristo no puede ser distinto al suyo. La castidad apostólica se sitúa a un nivel más hondo que el de la simple sexualidad. En este sentido, todos los cristianos están llamados a plantearse la vivencia de la castidad apostólica. Cuando se busca protagonismo y atraer a la gente hacia uno mismo, dejamos de ser verdaderamente castos e íntegros, aun cuando sobre esta cuestión no haya investigaciones ni se acuse a nadie de infidelidad. En este sentido necesitamos hacer un profundo examen de conciencia, pues no siempre nos comportamos como los verdaderos amigos del novio.

### **III.- EL SEGUIMIENTO DE JESÚS CASTO EN LA CONSAGRACIÓN SECULAR**

Tratemos ahora de ver cómo lo que acabamos de reflexionar ilumina la vivencia de una forma de vida virginal en la lógica de la consagración secular. Yo diré algunos aspectos, pero cada miembro debe orar y sacar sus consecuencias prácticas.

#### ***1.- Fruto del Espíritu Santo***

Lo primero de todo es tomar conciencia que la continencia, la castidad, la integridad, el dominio de sí mismo es fruto del Espíritu Santo. No estamos, por tanto, ante una cuestión de voluntarismo. La carta a los gálatas afirma: «El fruto del Espíritu es: amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí (continencia, castidad). Contra estas cosas no hay ley. Y los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con las pasiones y los deseos. Si vivimos por el Espíritu, marchemos tras el Espíritu» (Gal 5, 22-25; cf. 2P 1, 1-7).

El seguimiento de Jesús en su forma de vida virginal, comporta vivir como él entregado de manera incondicional al servicio del reino de Dios. Ahora bien, la búsqueda del reino de Dios y de su justicia comporta una perfecta abnegación, la cual es contraria a cualquier forma de autoafirmación. Y esto implica una gran templanza, un gran dominio de sí mismo, de todos los apetitos, incluido el sexual. Esta disciplina en el Espíritu, por otra parte, hace que la persona sea libre, autónoma y no sucumba a las seducciones propias del mundo.

El fruto del Espíritu es uno, el amor, pero con dimensiones muy ricas y variadas. Para vivir algunas de las dimensiones de este fruto único, son necesarias personalidades con una cierta armonía y capacidad de discernimiento. Las obras de la carne son múltiples. Entre ellas se encuentran, por ejemplo, envidia, ambiciones, rivalidades. El seguimiento de Jesús en su forma de vida virginal afecta a la totalidad de la persona. De ahí la necesidad de un real discernimiento de la vocación y, por lo mismo, del don de Dios.

## **2.- Vivir como amigos del esposo**

El amigo o amiga de Cristo, el Esposo de la Iglesia, comparte su alegría al escuchar su voz. Y, en esta perspectiva, trabaja para que todas las cosas del cielo y de la tierra sean recapituladas en Cristo, según el designio de Dios, que se ha dignado revelarnos en su derroche de amor y sabiduría, como canta el himno de la carta a los Efesios. En Cristo hemos sido destinados, «para que seamos alabanza de su gloria quienes antes esperábamos en el Mesías». (Ef 1, 3-14). Los amigos del Esposo trabajan para llevar a la esposa a Cristo.

En esta perspectiva, conviene releer lo que el apóstol Pablo escribía a la comunidad de Corinto sobre su trabajo apostólico. «Tengo celos de vosotros, los celos de Dios, pues os he desposado con un solo marido, para presentaros a Cristo como una virgen casta. Pero me temo que, lo mismo que la serpiente sedujo a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes, apartándose de la sinceridad y de la pureza debida a Cristo». (2Cor 11, 2-3) La castidad apostólica exige dar testimonio de la verdad del Evangelio, que no debe confundirse con nuestras opiniones, en medio del mundo. El apóstol casto no puede dejar de preguntarse: ¿Corresponde lo que pienso, digo y hago con la verdad del Evangelio? ¿Me alegro con la verdad que resuena en el Evangelio? El seguimiento de Jesús en su forma de vida virginal supone una serena libertad con relación a lo correcto cultural y religiosamente.

## **3.- El reino de Dios ha entrado en el mundo**

El libro del Apocalipsis, con su lenguaje simbólico, nos ofrece una clave importante, para seguir a Jesús en su forma de vida virginal. (Ap 14, 4)

Miré y he aquí que el Cordero estaba de pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil que llevaban grabados en la frente su nombre y el nombre de su Padre. Oí también como una voz del cielo, como voz de muchas aguas y como voz de un trueno poderoso; y la voz que escuché era como de citaristas que tañían sus cítaras. Y cantan un cántico nuevo delante del trono, delante de los cuatro vivientes y los ancianos. Y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil, los rescatados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero adondequiera que vaya. Estos fueron rescatados como primicias de los hombres para Dios y el Cordero. En su boca no se halló mentira: son intachables. (Ap 14, 1-5)

Los que siguen al Cordero, donde quiera que vaya, cantan el canto nuevo, comparten su vida, se cuentan entre los rescatados, son primicias escogidas, participan activamente en la liturgia celeste, no se han contaminado con la idolatría. ¡Son castos! Las personas castas son íntegras. No adoran ídolos y menos todavía se sitúan como pequeños ídolos ante los demás. No viven de la imagen.



Ahora bien, los que siguen en la historia al Cordero que quita el pecado del mundo, han de estar dispuestos a descender a lo más bajo del mundo, sin contaminarse, para hacer posible, como lo ha hecho y sigue haciéndolo el Cordero inmolado, que la creación entera cante el canto nuevo, para contribuir al advenimiento de unos cielos nuevos y una tierra nueva, para una verdadera liturgia cósmica, para que se oiga ya en nuestro mundo la voz del cielo. Dicho con otras palabras, a través del seguimiento de Jesús en su forma de vida virginal, lo importante es hacer presente el poder del reino de Dios actuando en el siglo y desde el siglo.

#### **4.- Al servicio de la comunión**

Jesús vivió y murió para reunir a los hijos de Dios dispersos. Su forma de vida virginal fue la expresión de su identidad filial y fraterna. Su existencia y misión se condensan en una palabra: comunión; perfecta comunión con el Padre y perfecta comunión con la humanidad. Ni desplaza al Padre ni anula la libertad de los hermanos. Afirma al Padre y hace posible la libertad de la humanidad. Afirmando al Padre y a los hermanos, se afirma como Hijo y Hermano universal. Y esto lo hace en medio del mundo, en la vida concreta del hijo del carpintero o del maestro itinerante de aldea en aldea. Tal es la castidad del Hijo del hombre. La comunión va más allá de la solidaridad.

Para llevar adelante la forma de vida virginal de Jesús en el Espíritu de santidad, los miembros de los IS deben estar atentos a no absolutizar las mediaciones, sean estas sociales, políticas o religiosas, pues la absolutización de las mediaciones pone en entredicho la comunión, ya que ésta supone la unidad en la diversidad. Quien dice trabajar por el bien común y no da espacio a los demás, para que desarrolle sus talentos, se equivoca o miente. Esto es muy importante, para quien vive inserto en el mundo y trata de servir la llegada del reino de Dios, de preparar los materiales del reino, como dijo el Concilio Vaticano II.

Por otra parte, es muy importante, a mi entender, no quedarse en la simple solidaridad, sino que es decisivo el paso a trabajar en la perspectiva de la comunión verdadera. En este sentido debemos releer dos textos muy importantes y significativos, a mi juicio, de Juan Pablo II, para vivir una vida virginal en el mundo y a través de nuestros compromisos en el mundo.

*La solidaridad es sin duda una virtud cristiana. Ya en la exposición precedente se podían vislumbrar numerosos puntos de contacto entre ella y la caridad, que es signo distintivo de los discípulos de Cristo (cf. Jn 13, 35).*

A la luz de la fe, la solidaridad tiende a superarse a sí misma, al revestirse de las dimensiones *específicamente cristianas* de gratuidad total, perdón y reconciliación. Entonces el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos y su igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en la *imagen viva* de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo, con el mismo amor con que le ama el Señor, y por él se debe estar dispuestos al sacrificio, incluso extremo: « dar la vida por los hermanos » (cf. 1 Jn 3, 16).

Entonces la conciencia de la paternidad común de Dios, de la hermandad de todos los hombres en Cristo, « hijos en el Hijo », de la presencia y acción vivificadora del Espíritu Santo, conferirá a nuestra mirada sobre el mundo un *nuevo criterio* para interpretarlo. Por encima de los vínculos humanos y naturales, tan fuertes y profundos, se percibe a la luz de la fe un nuevo *modelo de unidad* del género humano, en el cual debe inspirarse en última instancia la solidaridad. Este

supremo *modelo de unidad*, reflejo de la vida íntima de Dios, Uno en tres Personas, es lo que los cristianos expresamos con la palabra « comunión ». Esta comunión, específicamente cristiana, celosamente custodiada, extendida y enriquecida con la ayuda del Señor, es *el alma* de la vocación de la Iglesia a ser « sacramento », en el sentido ya indicado.

Por eso la solidaridad debe cooperar en la realización de este designio divino, tanto a nivel individual, como a nivel nacional e internacional. Los « mecanismos perversos » y las « estructuras de pecado », de que hemos hablado, sólo podrán ser vencidos mediante el ejercicio de la solidaridad humana y cristiana, a la que la Iglesia invita y que promueve incansablemente. Sólo así tantas energías positivas podrán ser dedicadas plenamente en favor del desarrollo y de la paz. Muchos santos canonizados por la Iglesia dan *admirable testimonio* de esta solidaridad y sirven de ejemplo en las difíciles circunstancias actuales. (SRS 40)

Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un « don para mí », además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. *Ga 6,2*) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento. (NMI 43)

La persona casta no trata de imponerse ni dominar. Sabe ofrecer su verdad y escucha con gozo la voz que resuena en la verdad que los demás le pueden ofrecer, pues en la formación habrá aprendido a ser el amigo del Esposo, con cuya voz se alegra. Voz que sabe escuchar en las situaciones de la humanidad, en particular la voz del Señor en las nuevas y variadas situaciones de pobreza (cf. NMI 50).

### **5.- La integridad verdadera**

La forma de vida virginal se presenta como la vivencia de la existencia en consonancia con la vocación y misión recibidas del Señor, tanto a nivel personal como comunitario. Y esto puede sintetizarse en una palabra: integridad. Derivada del latín, este término significa: totalidad, virginidad, intacto, entero, no alcanzado por un mal moral o físico, robustez, plenitud, puro.

La integridad afecta a toda la persona en su condición de ser relacional con Dios, con los demás, con el mundo y consigo misma. La integridad en relación con Dios exige ser fiel a su palabra, llamado y misión, estar dispuesto a colaborar en su designio creador y salvador de acuerdo con la gracia recibida. La integridad en la relación con los demás implica caminar con como con hermano, sirviendo y evitando por todos los medios el poner a los demás a su servicio. La integridad en la relación con el mundo es cultivar la tierra de acuerdo con el designio del Dios creador. La integridad en relación con uno mismo conlleva avanzar con transparencia y verdad.

El seguimiento de Jesucristo en su forma de vida virginal, por tanto, afecta a la totalidad de la persona, en cuanto es relación, sin que se pueda reducir a la dimensión sexual del ser humano. En efecto, la persona seducida por el Señor, se entrega a él en su totalidad. Jesús nos sigue diciendo: «El que quiera servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará». (Jn 12, 26)

### ***Conclusión:***

Para concluir nuestra meditación escuchemos la llamada que Jesús nos hace a todos. Veamos y oremos. ¡Seamos del grupo de las vírgenes prudentes! El esposo llega en la noche, de forma inesperada. «Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora». (Mt 25, 1-13)<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> “Cristo durante toda su vida permaneció en estado de virginidad; con lo cual se da a entender que él se consagró por entero al servicio de Dios y de los hombres... Prometió riquísimos premios a todos aquellos que por el reino de Dios dejaran casa, familia, mujer, hijos (cf. Lc 18,29-30). Más aún: sirviéndose de palabras misteriosas y que despiertan expectación, aconsejó un ideal mejor consistente en que alguien, movido por una gracia especial (cf. Mt 19,11), se consagre en virginidad al reino de los cielos. La causa de que alguien apetezca este don es el reino de los cielos (cf. Mt 19,12); igualmente este mismo reino, evangelio y nombre de Cristo (cf. Lc 19,29-30; Mc 10,29-30; Mt 19,29) hacen que Jesús invite al compromiso en los arduos trabajos apostólicos, unidos con tantas molestias, que han de ser soportadas de buena gana para participar más íntimamente en la suerte de él mismo. Así, pues, quienes han sido llamados de este modo por Jesús, se sienten impulsados a elegir la virginidad como cosa deseable y digna de ser escogida bien por el misterio de la novedad de Cristo o por el de todas aquellas cosas que manifiestan quién es él y cuál su inconmensurable valor... Y ellos hacen esto... para asumir el mismo género de vida de Jesús”. (Pablo VI, “SACERDOTALIS COELIBATUS” 4)